

Fiesta de Santo Toribio de Mogrovejo (27-04-24)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos:

Nos volvemos a reunir después del año pasado en que hicimos una reflexión sobre nuestra vocación, la vocación que hemos heredado de Toribio. Aunque los primeros que vinieron también fueron misioneros, nadie fue misionero como él. Y esa vocación misionera es la que el Santo Padre nos pidió que resucitara en nuestra Arquidiócesis hace cinco años. Y es que en todo el mundo se produjo una cosa muy difícil que, habiendo lanzado la perspectiva del Concilio Vaticano II, por algún motivo del mundo en crecimiento económico, de los horizontes un poco de abandono de la fe de tanta gente en muchas partes de este, esta dimensión misionera se olvidó y hoy que cada vez es más importante, ya que este mundo nos queda lejos y no nos acercamos suficientemente, simultáneamente, genera una serie de distracciones en nuestras vocaciones que generan también una tendencia a encerrarse porque, evidentemente, es muy difícil, hoy día, ser sacerdotes y construir la iglesia.

Y siempre nos es difícil y hasta en la espiritualidad hay cosas que nos asedian. En situaciones de emergencia, por ejemplo, uno opta por un tipo de "espiritualidad" que tenga la misma aceleración de la gente y, por lo tanto, no profundizamos mucho en lo que decimos y lo que hacemos.

Tan rápido como nos comunicamos por los medios, también nos comunicamos velozmente con la gente. Toribio nos enseña que la misión es una profunda encarnación en la vida de la gente. Lo hemos recordado estos días con la visita a San Lázaro, a la cual no participé, pero leí el texto de Hansen, que fue muy interesante y que nos ayuda a ver la paciencia y gran sensibilidad y compasión que tenía Toribio.

Por eso, en esta mañana, como escuchamos en las lecturas, se hace referencia a esta vocación. Primero, desde el templo, Isaías (6, 1-8) ve la gloria de unos ángeles que dicen: “Santo, santo, santo”. Y después con un tizón ardiente se acerca para purificarlo: “Soy un hombre de labios impuros, soy un hombre sucio ¿Cómo tengo esa oportunidad de ver la gloria de Dios?”. Y, humildemente, el Señor dice: ¿A quien mandaré? Y él responde: “aui estoy, mándame”. Esto es, más o menos, lo que le ocurrió a Toribio.

Permítame leer una de las narraciones sobre su vida en donde creo que hay un error histórico, pero es un muy antiguo libro que se escribió aquí en Lima. Inclusive, no conozco el autor, no lo ponen, pero sí lo han publicado. Esta narración está todo hecho en tipografía antigua y dice:

“Cuatro años obtuvo la plaza de inquisidor, en cuyo tiempo, habiendo vacado el Arzobispado de Lima, por muerte de don Diego Gomez Madrid (eso es lo que es ambiguo, no se sabe si murió o no murió; parece que en realidad abandonó el cargo y no quiso seguir para

ser arzobispo), fue electo (Toribio) para ocupar esta silla.

Turbó a Toribio la repentina nueva, tanto más dolorosa para él, cuanto menos esperada. Pero Felipe II, que tenía en el primer lugar de un libro secreto, en que estaban escritos todos los hombres sabios y virtuosos de España, eligió a Toribio, sin que éste lo pretendiese, y tuvo presente su mérito para premiarle. Todos los artificios de la ambición son inútiles cuando un monarca de talento y de prudencia se empeña en cumplir sus delicadas obligaciones. Entonces, quedan desarmados la intriga y el manejo; los resplandores que despiden de sí el mérito y la virtud no pueden ocultarse, por más que procuren esconderlos la humildad y la modestia.

Vióse esto en nuestro santo, pues cuando pensaba que nadie en la corte se acordaba de él, se halló nombrado como arzobispado tan respetable como el de Lima. A un corazón ambicioso le hubiera producido esta dignidad mucha satisfacción y alegría, pero en el de Toribio causó tal melancolía y turbación que sólo pudo tranquilizarse después de haber escrito al Consejo de Indias y al rey su renuncia, concebida en los términos más activos y eficaces a su parecer, para que el rey se la admitiese.

Representábale que era todavía muy joven: que carecía de las prendas necesarias a un buen obispo (era laico), que no estaba ordenado más que de primera tonsura; en una palabra, que era

absolutamente inepto para la alta dignidad que se le había conferido.”

Es decir, como diciendo, Yo, hombre de labios impuros, que no me merezco esto, y además con la penalidad, la ineptitud y la juventud que tengo.

“El rey, que tenía la virtud de la sagacidad inseparable de la prudencia, conoció inmediatamente cuán acertada había sido su elección. Las excusas de Toribio fueron otros tantos incentivos que lo confirmaron al rey en el juicio que había hecho de la aptitud de santo Toribio, obispo.

Le escribió, pues, mandándole que aceptase la dignidad y que, a lo más, se convenía en que lo meditase por espacio de tres meses antes de admitir la ejecución.

En este tiempo, los parientes de Toribio, los concollegas y sus amigos, le combatieron fuertemente, proponiéndole muchas razones que no lograban otro efecto que confirmar en su corazón la renuncia del obispado. Viéndolo impenetrable, ciertos amigos suyos, que conocían su carácter y su virtud, pensaron oportunamente un medio, el cual sería al santo irresistible. Le propusieron que el obispado de Lima, en el estado en que se hallaba, no era un cargo de honor y de interés, sino de penalidades y de inmenso trabajo, que había infinitas ovejas que jamás habían oído la voz de su pastor; y en una palabra, que el no aceptar aquel

cargo era lo mismo que preferir su propia conveniencia al trabajo de conquistar almas para Dios.

Esas razones pudieron tanto con Toribio que aceptó el obispado porque no sabía negarse a cosa alguna en donde resultase su propia mortificación, el honor de Dios y el provecho de los prójimos. Pero antes exploró la voluntad de Dios con muchos ejercicios espirituales y fervorosa contemplación, que es el medio de hallar favor del Padre para las luces que Él nos da.

Y, mientras venían las bulas, se dedicó a seguir meditando y finalmente aceptó y fue nombrado”.

Y quería leer esto porque es la misma línea del profeta Isaías. Y como ustedes saben, Jesús está completamente emparentado con la tradición profética y no con la tradición del medio entre los profetas y la época de Jesús, todo el período griego en donde los sacerdotes gobernaban, casi tiránicamente a Israel, con los persas, los griegos y los romanos.

Esta es la tradición del siervo sufriente, que hoy día la exégesis ha tratado de descubrir cómo se originó y se inició a partir de último rey y de los cánticos del siervo de Isaías a ese rey muerto. Seis siglos de silencio de profetas y de reyes, y luego viene el ángel Gabriel y se presenta María.

Es sumamente importante para nosotros porque no es una humildad de esas aparentes, es humildad de reconocimiento que sólo a través del sacrificio, la entrega, el servicio generoso, vale la pena asumir una realidad. Y si no, es preferible abandonarla y no hablar en nombre de Dios.

El Hijo del Hombre tiene que sufrir. Y ese “tiene que sufrir” no es masoquismo ni nada por el estilo, es el modo de actuar de Dios que para crear, no se retiró para que existiera en su lugar el mundo (panteísmo), siendo Dios el único que existía, Dios hace un espacio dentro de sí retrayéndose y dentro de sí mismo crea al mundo, y acompaña siempre al mundo que creó y amó; y lo acompañó siempre en la historia y le envió a su Hijo para que comprendiera que Dios no lo ha abandonado. Tampoco es un Dios que crea fuera de sí y manda al mundo a rodar, que termina como en los “Dados eternos” de Vallejo, “en el pozo de inmensa sepultura”.

Es decir, Dios crea, sin aniquilarse, desaparecer y ser sustituido por lo creado (panteísmo) ni crea fuera de él, abandonando a su suerte lo creado (Deísmo). La Iglesia siempre afirmó el **pan-en-teísmo**. Es la creación acompañada por un Dios que nos rodea por todas partes y dentro del cual estamos. Y sólo nacemos al Reino de Dios, no salimos del útero materno de Dios, crecemos en Él.

Cuando se pueda revelar plenamente a nosotros el intersticio de distinción entre Dios y el mundo, desaparecerá, y “Dios será todo en todos” como dice San Pablo. Esta capacidad de anonadarse como Dios mismo se anonada y que Jesús nos enseñó, es lo que ocurre también en nuestras vidas, y le ocurrió a Toribio, aceptar ser arzobispo de Lima anonadándose como signo del amor gratuito y servicial.

Estos días hemos hablado con varios sacerdotes sobre cómo les está yendo en sus trabajos. Lo he visto en algunas

visitas que he podido hacer (no tantas como quería), pero realmente estos signos que yo veo de algunos de ustedes son bellísimos, especialmente, con los que he podido conocer o ver esa felicidad de acercarse a la gente con cariño, de comprender que el pueblo está encargado a mí y yo tengo que responderle siempre acompañándolo, sin abandonarlo, con imaginación y con creatividad.

Quiere decir que el Espíritu está haciendo su camino y es lento y todos tenemos diversos ritmos de conversión y de encuentro de estos aspectos centrales de nuestra vocación. Y si venimos hoy día es para renovarlo, porque si no renovamos esa vocación es difícil seguir en el camino. Y esa vocación, pido otra vez, que la tengamos en cuenta para este último trecho.

Este último trecho nos permitirá tomar conciencia de que fuimos encargados para un tiempo y, por lo menos, más allá de lo que decida la autoridad para decir si uno sigue o corta su proceso, lo importante es que aprovechemos este tiempo para ahondar fuertemente en la vocación, siguiendo el gran ejemplo e inspiración de Toribio para todos.

Lo he podido ver en este tiempo con ustedes también, hemos cambiado varias parroquias y hemos movido un poco las cosas (todavía queda un poco por hacer), pero lo importante es que allí la cercanía sea siempre lo que comande, y que sea una cercanía inteligente, capaz de reflexionar la experiencia y poder ir creciendo en una nueva mentalidad de cómo somos sacerdotes.

Digo esto porque, cuando se hizo la visita a San Lázaro, se recordó cómo Toribio había defendido a los indios que se los habían llevado por obra de los padres jesuitas. Aunque no todos tienen culpa, algunos eran parientes de Hurtado de Mendoza, que era el Virrey y que se interesó en darle a todos los ricachones las tierras de San Lázaro, de los campesinos, de los indios, de los negros.

Y, entonces, agarraron a todos los indios y se los llevaron a la reducción del Cercado. Y en esa intervención, Toribio, cuando regresa de su viaje, toma decisiones y declara al virrey que él no tiene jurisdicción sobre ellos porque él es el “protector de los indios”.

¿Qué había pasado? Que los indios de San Lázaro tenían una ermita que no estaba dedicada, como se ha dicho, a la Virgen de Copacabana; estaba dedicada a la Virgen del Reposo y le rezaban ellos. Cuando se fueron de San Lázaro para ser llevados al Cercado (al fondo de la avenida Grau), donde estaba la reducción, la llevaros allí, y le rezaban. Y sucedió que la virgen lloró y, entonces, Toribio dice: ¡Es clarísimo! La Virgen ha llorado porque esa es una injusticia, y ese sufrimiento de la Virgen es por lo que están sufriendo ustedes. Así que ahorita salen”.

Y, entonces, salieron todos los indios por órdenes de Toribio y en contradicción con la orden del Virrey, y les pidió que le hicieran un favor: que dejaran la virgen que lloró, la Virgen del Reposo en la Catedral porque quería construirle a ella a una iglesia (que es la actual iglesia de la Virgen de Copacabana). Pero esa iglesia, se llama así porque ya se había dicho antes en la sierra que la Virgen de Copacabana

de Puno era la Virgen de los Indios. Y, entonces, Toribio dijo: “La Virgen que está acá, que es la Virgen del Reposo, de ahora en adelante es la Virgen de Copacabana en Lima protectora de los indios de san Lazaro”.

Entonces, mandó a construir y después, solemnemente, los indios fueron a la catedral y llevaron la imagen, que era la imagen que estaba en la ermita y que, finalmente, hoy día preside el templo de Copacabana.

Esto es muy importante porque el amor que le tenía a este grupo de indios, que eran los más cercanos que había en su ciudad, era tal que, cuando encontró a un indio que no estaba bautizado y ya había terminado las confirmaciones y se había regresado, caminó las dos leguas hasta poderlo bautizar y confirmarlo. Es decir, su sentido de cercanía está expresado también en saber quechua, y creó una escuela de quechua y aymara para todos sus curas. Creo que poquito a poco vamos a tener que hacerlo, y el obispo todavía no habla quechua, así que tenemos que aprender. Muchos de nosotros no sabemos, algunos sí.

Todos esos detalles de cercanía nos impulsan a todos a preguntarnos, en la vocación que Dios me ha dado, y que no es debida al obispo, ni le debo nada al obispo por habérmela reconocido, como esta caminando, como crece en amor y autenticidad. En efecto el obispo lo único que hace es reconocer la vocación que Dios dado gratuitamente y ordena sin pedir nada a cambio, solo fidelidad a Dios y a la Iglesia respetando siempre el misterio inefable. La vocación la da Dios y no hay deuda con el obispo, hay deuda con el Señor y la Iglesia.

Hay relación cercana porque los obispos estamos para eso, para ser pastores; pero no hay deuda en el sentido de que “yo te di la vocación y tu me pagas”, cosa que estamos escuchando en algunos grupos y por eso lo menciono.

Ha habido un caso de una monja que vive en una congregación que les dice a las chicas: “Si caíste en mi congregación, entonces, quiere decir que Dios te quiere aquí con nosotras. Y como has caído aquí, yo, que soy su representante, para ti “soy Dios” y, por lo tanto, tú tienes que obedecerme y si no te condenas.

¡Qué manera de captar vocaciones! Pero eso ocurre, y debemos decir con toda claridad, por los problemas que tenemos en la Iglesia a nivel mundial de nuevos movimientos, que cometen esa herejía del no respeto de la dimensión misteriosa de la vocación que solamente la da el mismo Dios, y que uno tiene que, progresivamente, descubrirla cada vez más y ser acompañado en total libertad, sin condicionamientos ni chantajes. Y que es lo que se siente cuando, por ejemplo, algunos de ustedes van haciendo trabajo pastoral y van creciendo y van inventando y van escuchando el Espíritu que se mueve en ustedes, con toda libertad.

Por eso, cuando dice el Evangelio de hoy (Mt 28, 16-20) que “*algunos creyeron y algunos dudaban*”, mientras reciben el mandato de evangelizar, el Señor comprende que podemos dudar inclusive, pero a todos les da el mandato. Y todos, entonces, creativamente, de acuerdo con nuestros límites, con nuestras cosas, vamos creciendo.

Habr  muchos pecados en eso, pero el Señor está para perdonar y, sobre todo, para ayudarnos a acoger la inspiración del Espíritu que es la que nos permite a todos anunciar el Evangelio de corazón a corazón. Y si eso es el fruto de todos estos años, que ese sea también el legado de lo que nos dejó Toribio y lo que nosotros tenemos que continuar en el futuro.

Por último, estoy convencido de que un proceso de conversión largo, como el que hemos vivido en estos años, permitirá que quienes continúen después sean siempre personas inspiradas. Y, más allá de los muchos buenos sacerdotes religiosos que hay, es importante que continúe el camino diocesano, de tal manera que, así como hemos tenido auxiliares diocesanos, también ustedes puedan ir avanzando a ser los futuros nuevos auxiliares y más.

Para eso no hay que creerse nada, hay que seguir trabajando con sencillez. Y, así como el rey Felipe II tenía una lista de las personas más aptas para poder asumir una responsabilidad de este tipo, también nosotros tendremos una linda lista de pastores que ya lo son antes, inclusive, de una ordenación episcopal.

Por lo tanto, que quede en todos nosotros que, en cierto modo, hemos de aprender a co-gobernar, sobre todo, ahora que todo es sinodal. El Dios sinodal creó una Iglesia sinodal para un mundo sinodal, para un mundo de hermanos que se sepan tratar. Nuestra tarea es saber disponernos a ese misterio, respetarlo y saberlo vivir porque lo sinodal es una nota de la Iglesia y de Dios.

Por eso, unámonos como personas en camino que acompañamos y que vamos cambiando con la gente. No vamos dando órdenes por el camino, sino vamos tratando de anunciar el Evangelio y de traducirlo según las circunstancias y modos diferentes.

Que Dios los bendiga por ese camino juntos y que podamos pronto poder hacer una conclusión bien hecha de esta etapa, y que tengamos bien claro lo que hemos avanzado, lo que todavía no avanza y lo que tendría que hacerse mejor o de nuevo.

Lo digo porque, Toribio, de vez en cuando, mandaba sus informes al Papa, y están ahí todas las cosas que se ha logrado o no se han podido lograr. Eso es lo mejor: siempre autocríticos, siempre capaces de poder inspirarse y abrir nuevos caminos.

Gracias, hermanos, por estar juntos hoy día. Feliz día de Santo Toribio

Amén